

Universidad de Puerto Rico
ESCUELA DE MEDICINA
Sección de Bioestadísticas

J. JANER MENDÍA
BIBLIOGRAFÍA

Programa Graduado de Demografía

UPR
Ciencias Médicas



NO SE PRESTA FUERA DELA SALA

EL ROL DE LA DEMOGRAFIA EN NUESTRO MUNDO
CONTEMPORANEO

Por

José L. Janer

Leído en el Seminario Sobre Población celebrado
en San Juan de Puerto Rico
durante los días del 17 al 28 de mayo de 1965
bajo los auspicios del Centro Demográfico
de Puerto Rico

DEDICATORIA

Todo estudioso de los numerosos y graves problemas que actualmente afligen a numerosos sectores de la humanidad tiene que convenir en la claridad de las tangencias que tiene la demografía con toda otra disciplina desarrollada por el hombre en sus esfuerzos por alcanzar esa condición de legítimo bienestar general que hoy llamamos "salud" y que por ser el más preciado e inalienable de sus derechos se convierte en el principal aliado de toda su laboriosidad tan pronto adquiere una percepción consciente de su existencia y de los objetivos básicos de ésta.

Por eso, cualquier comunidad que ignore estas tangencias y la enorme gravedad de las implicaciones de semejante acción, podría fácilmente derrotar con ello los propósitos principales de sus esfuerzos colectivos por lograr una plena realización de las más justas y sanas aspiraciones de sus miembros.

Entre todos los campos de actividad humana de claras tangencias con la demografía, se destaca principalmente el de la salud pública. Basándonos en esta realidad es que dedicamos la siguiente charla a todas aquellas personas que inspiradas en las mejores intenciones han abrazado el ejercicio de alguna de sus disciplinas profesionales sin haber tenido antes la oportunidad de recibir un adecuado entrenamiento en el uso de las técnicas y los conceptos básicos de la demografía, ni de adquirir una clara conciencia de cuán profunda es la dimensión que hoy alcanza el concepto de "salud". No es otra nuestra pretensión que la de ayudar a tan bien intencionados individuos a evitar que, sin así quererlo y como consecuencia de estas limitaciones formativas, al ejercer sus funciones profesionales contribuyan a retardar en vez de acelerar la realización del hermoso sueño que uno de los más ilustres progenitores de la salud pública, el Dr. Milton Rosenau, de la Universidad de Harvard, señalara como meta de sus esfuerzos a su más importante rama: la medicina preventiva.

EL SUEÑO*

NO SE PRESTA FUERA DE LA SALA

"La medicina preventiva sueña con el día en que haya lo necesario para todos y cada individuo produzca de acuerdo con sus habilidades y posea lo suficiente para satisfacer las necesidades de su cuerpo y las exigencias de su salud.

Y todo esto como cuestión de justicia y no de caridad.

La medicina preventiva sueña con el día en que los sufrimientos innecesarios y las muertes prematuras se hayan convertido en cosas del pasado; el bienestar general de todos constituya nuestra máxima preocupación y la benevolencia y la misericordia hayan reemplazado efectiva y definitivamente a la avaricia y el egoísmo.

Y sueña con que todo esto habrá de conquistarlo el hombre como fruto de su sabiduría.

La medicina preventiva alimenta este sueño, no con la esperanza egoísta de parte de los que ahora militamos en este campo, de poder llegar a alcanzar participación individual alguna en el disfrute de estos logros, sino con el regocijo de haber podido contribuir a su realización para beneficio de todos aquellos cuyas vidas habrán de seguir a las nuestras.

Y cuando los jóvenes tienen la suficiente visión, los sueños de los viejos se convierten en realidad".

Milton J. Rosenau

* Traducción nuestra del texto original en inglés

EL ROL DE LA DEMOGRAFIA EN NUESTRO MUNDO CONTEMPORANEO

Por

José L. Janer*

La demografía, importante rama de las ciencias sociales, es una de las más útiles de todas las herramientas técnicas y metodológicas desarrolladas por el hombre para facilitar el estudio científico de sus conglomerados. Según Hauser y Duncan se entiende por demografía "el estudio del tamaño, la distribución territorial y la estructura de las poblaciones, sus cambios internos y los componentes de dichos cambios, que pueden identificarse como: la natalidad, la mortalidad, los movimientos territoriales (migración) y la movilidad social (cambio de status).^{1/}

Apoyándose mayormente en la metodología estadística facilita no tan solo el análisis descriptivo de sus características principales en un momento dado de su evolución histórica sino el de las causas determinantes de sus cambios a través del tiempo y las correspondientes consecuencias inmediatas y futuras de éstos. Para cumplir sus propósitos, la demografía se vale de tres funciones principales que han sido identificadas como: (1) la función descriptiva, (2) la función diagnóstica, y (3) la función predictiva.^{2/}

En su función descriptiva, la demografía es capaz de proveer una descripción confiable de un problema o de una situación poblacional específica.

* Profesor Asociado y Jefe de la Sección de Bioestadísticas, Departamento de Medicina Preventiva y Salud Pública, Escuela de Medicina, Universidad de Puerto Rico, San Juan, P.R.

^{1/} Hauser, Philip M., y Duncan, Otis D., editores, The Study of Population, Chicago, University of Chicago Press, 1959, Capítulo I.

^{2/} Carleton, R.O., El Análisis Demográfico. Centro Latinoamericano de Demografía. Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1963. Mimeografiado.

Sin duda alguna, debe considerarse a ésta su función principal, porque la posibilidad y confiabilidad de sus otras dos funciones dependerá siempre de la naturaleza, cantidad y calidad de los datos descriptivos disponibles respecto al conglomerado humano cuyo estudio se persigue. Para cumplir esta importante función, la demografía, apoyándose mayormente en la metodología estadística, procura siempre utilizar los más adecuados procedimientos de recolección, tabulación, análisis y divulgación de los datos poblacionales pertinentes.

En su función diagnóstica, la demografía es capaz de detectar síntomas de enfermedades sociales, así como de evaluar su magnitud o seriedad y señalar sus probables causas, mediante la aplicación de técnicas analíticas adecuadas a material descriptivo apropiado y confiable. Entre los síntomas más importantes de problemas sociales, continuamente vigilados en los países más adelantados de nuestro mundo contemporáneo mediante el aprovechamiento inteligente de las técnicas proporcionadas para ello por la estadística y la demografía figuran el desempleo y el sub-empleo, las migraciones masivas de unas áreas a otras, el analfabetismo, las altas tasas de mortalidad, las altas tasas de delincuencia, una alta incidencia de ciertas enfermedades específicas, una fecundidad demasiado alta o demasiado baja, los bajos niveles de vida o de ingreso económico, un crecimiento poblacional demasiado rápido, etc.

En su función predictiva la demografía es capaz de señalar algunas de las principales consecuencias, a corto y a largo plazo, de ciertas características dinámicas de una población, así como de muchas de las patologías so-

ciales que pudieran estarla afectando adversamente. También es capaz de proyectar el curso evolutivo de una población determinada, revelando así, para cualquier fecha futura o pasada escogida, no tan solo su probable tamaño, sino también su probable distribución geográfica y composición. Desde luego, estas proyecciones se hacen siempre sobre la base de suposiciones específicas razonables respecto al efecto que los factores de cambio envueltos hayan de ejercer o hayan ejercido, según sea el caso, a través del periodo abarcado por el intervalo entre la fecha básica o inicial, de población conocida, y aquella futura o pasada de población desconocida para la cual tratamos de averiguar el tamaño y composición de ésta sobre la base de los supuestos escogidos. Claro está, que haciendo una selección cuidadosa de los principales factores de cambio y de las expectativas más razonables de las respectivas tendencias futuras de éstos, las proyecciones de población anticipada, o a fechas futuras, pueden llegar a desempeñar en la comunidad a que apliquen un papel predictivo de indiscutible utilidad en la planificación inteligente de las acciones gubernamentales y muy especialmente de sus programas de desarrollo a corto y largo plazo.

Conviene advertir, sin embargo, que la capacidad de imprimir este valor predictivo a las proyecciones a fechas futuras en cualquier población determinada dependerá siempre de varias circunstancias que deben tenerse muy en cuenta, entre las cuales cabe mencionar a las siguientes: 1) naturaleza y confiabilidad de los datos descriptivos en que se basan los supuestos en que la proyección se apoya; 2) amplitud del intervalo de tiempo abarcado por la proyección; 3) habilidad para aislar los factores más importan-

tes que actúen como determinantes de los cambios poblacionales y prever la ocurrencia y magnitud de aquellos acontecimientos futuros capaces de afectarlos sustancialmente durante el transcurso del periodo abarcado por la proyección.

Estas importantes funciones de la demografía que se acaban de describir bastarían de por sí para dejar plenamente justificada su utilidad para las cada vez más complejas y racionales sociedades modernas, no importa cuál fuere su nivel relativo de desarrollo. Tomando en consideración la naturaleza de sus funciones, no constituye exageración alguna decir que cualquier gobierno que menosprecie su importancia y no se valga de su valiosa ayuda, estaría actuando para con su ciudadanía con la misma insensatez o irresponsabilidad del médico titular que al atender a la salud de sus pacientes desprecie o rechace el uso de los medios más modernos y efectivos desarrollados por la ciencia y disponibles en su comunidad para ayudar a hacer más certera, y provechosa su noble tarea.

Entre las muchas cosas importantes, derivadas de sus funciones básicas, que la demografía permite a las sociedades modernas, las siguientes merecen citarse en apoyo de este paralelismo médico: 1) hacer en cualquier determinado momento de su evolución histórica, evaluaciones periódicas confiables de sus condiciones y de sus perspectivas para el futuro (examen físico, diagnóstico y pronóstico) 2) vigilar continua y efectivamente a su colectividad para la detección temprana de cualquier amenaza a su bienestar (diagnóstico temprano o precoz y prevención); 3) asegurar la eficacia de sus acciones dirigidas a la solución de sus problemas colectivos con el propósito

de procurar y mantener condiciones del mayor bienestar físico, económico y social posible (tratamiento curativo o preventivo adecuados); 4) orientar sabiamente a las agencias pertinentes en el diagnóstico, pronóstico, tratamiento y prevención de los males que afecten o amenazen cualquier aspecto de su bienestar colectivo (asesoría y consultoría).

Tan importantes roles de la demografía deberían ser más que suficiente estímulo para impulsar a todo gobierno sensato y progresista a facilitar, en la mayor medida posible, su enseñanza como disciplina esencial en la preparación de profesionales destinados a bregar con los problemas colectivos de sociedades humanas, no importa su naturaleza y también a proveer los medios adecuados para que en el territorio bajo su jurisdicción se recopilen los datos necesarios y se faciliten los medios que le permitan a esta disciplina desempeñar cabalmente sus tres funciones básicas de descripción, diagnóstico y pronóstico o predicción, que tan dispensables resultan al propio gobierno para poder cumplir felizmente su importante y humanitaria misión de custodio, consejero y médico tutelar de la sociedad que implícita o explícitamente depositara en él la responsabilidad de la vigilancia y el mantenimiento o recuperación de su bienestar colectivo.

De todo este conjunto de importantes funciones que la demografía es capaz de desempeñar puede fácilmente colegirse que de todos sus posibles roles en nuestro mundo contemporáneo, el más importante, quizás, sea el de servir de espejo a la conducta del hombre con sus semejantes y en especial a la de los gobiernos para con sus súbditos. Al permitir a los gobiernos mirar-

se en él a través de los reflejos numéricos de sus acciones para con su ciudadanía, la demografía proporciona a éstos su mejor oportunidad de aquilatar objetivamente la verdadera dimensión humana y racional de su conducta rectora. Así podrá hacer un provechoso examen de conciencia frente al testimonio de una evidencia reveladora del verdadero efecto colectivo, saludable o perjudicial, de sus actuaciones y por lo tanto de su lealtad a las aspiraciones de los pueblos regidos por ellos, bien por su expresa voluntad, o por haber sus dirigentes asumido en alguna otra forma menos democrática, la responsabilidad implícita de servir y conducir pacífica y efectivamente hacia su mayor bienestar.

Por eso, cuando se utilizan las más refinadas y apropiadas técnicas de análisis demográfico para ahondar en las raíces de los más difíciles y apremiantes problemas que confrontan diversos sectores de nuestro mundo contemporáneo, rápidamente encontramos el denominador común de una relativa, pero peligrosamente persistente, indiferencia de parte del hombre, hacia el más cuidadoso, inteligente y continuo escrutinio de su conducta para con sus semejantes, tanto en el plano individual como en el colectivo. Esta situación nace realmente de una irresponsable ignorancia de las serias implicaciones y graves consecuencias que para él mismo necesariamente acarrea semejante conducta. Esta cruel y peligrosa indiferencia le ha impedido al hombre liberar su conducta social de todas las mezquinas motivaciones, generadoras de conflictos, nacidas de sus más animales instintos. Al mismo tiempo lo ha llevado precisamente a fortalecer lo que ha debido atenuar, al reforzar sus más primitivos instintos con la efectividad que son capaces de imprimirle a ellos los logros de su pro-

digiosa inteligencia parcialmente aplicada a tan solo algunos otros campos del saber, decididamente y a la postre, menos importantes para su felicidad y bienestar colectivo que el de sus relaciones humanas. Resulta entonces muy lógico suponer que las relaciones humanas de tipo colectivo, tan precarias aún en nuestros propios días de asombrosas hazañas tecnológicas, guarden una estrecha relación con ciertas características demográficas, como la calidad humana y el tamaño, la densidad y la dinámica de las poblaciones afectadas por ella.

Todo esto no hace más que enfatizar la urgencia con que los graves problemas que confronta el mundo contemporáneo presionan al hombre moderno sensato hacia la adopción de: (a) una actitud de vivo y constante interés en los cambios poblacionales, tanto cuantitativos como cualitativos, y (b) de una política de humano e inteligente control de éstos cambios, como único medio de poder asegurar la supervivencia de la raza humana mediante el más pleno desarrollo de sus más nobles facultades o potencialidades. Solamente así podrá eventualmente liberarse el hombre de los instintos animales que hasta ahora lo han aprisionado y lo han estado arrastrando inexorablemente a las difíciles situaciones que actualmente vive y que tantas preocupaciones y ansiedades perturbadoras de su bienestar han generado aún dentro de condiciones de gran afluencia económica, como la prensa diaria constantemente nos deja ver.

Aunque es cosa ampliamente reconocida que son numerosos los factores capaces de influenciar los cambios poblacionales, en todos los estudios demográficos al efecto realizados la educación y el ingreso económico aparecen

consistentemente como sus determinantes principales. Siendo estos dos factores de origen claramente socio-económico, su probada y marcada influencia en estos cambios implica, necesariamente, la existencia de una importante relación funcional entre el número y la calidad de los habitantes de toda sociedad humana y los recursos disponibles en ella, tanto naturales como creados por el hombre. El hecho de que esta relación funcional entre población y recursos, que la experiencia clara y consistentemente señala, no haya podido formularse aún en términos matemáticos precisos para ninguna área determinada, es una lógica consecuencia tanto de su complejidad como de las lagunas todavía existentes en los conocimientos que sobre este importante asunto ha podido hasta la fecha acumular el hombre. Indudablemente que esta realidad constituye uno de los más grandes retos contemporáneos a nuestra inteligencia en el campo de la demografía.

Es cosa bien sabida, sin embargo, que desde un punto de vista absoluto, la cantidad de los recursos naturales poseídos por un territorio determinado es algo relativamente invariable por razón de su propia naturaleza, ya que su existencia está determinada por factores geológicos, geográficos, topográficos y climatológicos, que hasta hoy han logrado en su gran mayoría escapar de un adecuado y conveniente control humano. Por eso es que los cambios en la cantidad y naturaleza de los recursos naturales pertenecientes a un determinado país, casi siempre sugieren ganancias o pérdidas, según sea el caso, en el territorio bajo su dominio o posesión.

Ahora bien, la eficiencia con que una comunidad cualquiera utilice sus recursos naturales para el mayor beneficio y bienestar de todos sus miembros

dependerá siempre de la habilidad de éstos para crear los medios que mejor faciliten su más eficaz y justo aprovechamiento colectivo y social. Esto sugiere de inmediato, que el determinante principal de una eficiente utilización de los recursos a la disposición de un pueblo y de una distribución equitativa de su producto, reside más en la calidad de su gente que en su cantidad. Es decir, que contrario a las creencias de algunos, la gente no siempre o necesariamente representa capital o riqueza para su comunidad. El que lo sean, y hasta qué grado, dependerá mayormente de su calidad. Si esta satisface simultáneamente las exigencias de los propósitos que determinan las metas fijadas por la sociedad a que pertenecen, así como de las aspiraciones individuales y colectivas que consecuentemente emanan del desarrollo ya alcanzado por ella, las probabilidades serán de que los individuos que reúnan estos requisitos de calidad puedan contarse como capital o riqueza para la sociedad en que viven. Pero de no llenar estos requisitos, con toda seguridad representarán pesadas cargas para ella. Es decir, que el mismo individuo que constituye un incuestionable haber para determinada sociedad subdesarrollada puede muy bien constituir una carga igualmente incuestionable y pesada para otra desarrollada. Por lo tanto, conviene recordar aquí a todas aquellas personas que, bien ingenuamente o movidas por otras razones, se entretienen equiparando incondicionalmente población y riqueza, que aunque los seres humanos nacen generalmente equipados con diferentes y a veces extraordinarias potencialidades de calidad, éstas deben ser primero desarrolladas, por lo menos hasta el nivel mínimo exigido por la sociedad específica

a que pertenezcan, antes de que puedan incorporarse efectivamente a sus fuerzas productivas y convertirse así en riqueza para ella.

A aquellos que en ciertos momentos, que más que de juicioso y sereno análisis parecen de abstracción poética, gustan de igualar incondicionalmente población con riqueza, debe señalárseles insistentemente el hecho de que el hombre, por razón de su propia naturaleza y esencia, es principalmente y sobre todo, más que un productor de riquezas, un voraz consumidor de recursos y de todos sus derivados. De hecho, empieza a consumir sin producir desde mucho antes de nacer y con frecuencia continúa consumiendo, sin producir, hasta mucho después de su muerte. Esto no niega, sin embargo, sus grandes potencialidades para las tareas productivas, en la sociedad en que viva, durante cierto periodo de su vida activa. Pero significa claramente que el hombre no puede vivir sin consumir, mientras que sí puede vivir muy bien y hasta enriquecerse, sin producir, con todas las implicaciones sociales que esto último representa. De manera que para poder juzgar la verdadera contribución neta hecha al haber de su comunidad por cualquier individuo determinado habría que hacer primero alguna clase de valoración de su producción y consumo total de bienes, tanto materiales como espirituales, durante el transcurso de su vida entera. Solamente así podría determinarse el verdadero balance neto final de estas dos importantes actividades suyas. Si de esta evaluación resulta que la productividad acumulada fue menor que lo consumido, no habría más remedio que anotar lo como una carga para su comunidad no importa cuán grandes hubiesen sido sus potencialidades, y cuán

bien capacitado intelectual, física y mentalmente hubiese estado para las tareas de producción en ella a través de su existencia.

Siguiendo esta línea de razonamiento puede uno darse perfecta cuenta de las graves injusticias sociales y económicas y el desperdicio de potencialidades humanas que aún prevalecen hasta en las más adelantadas y modernas de nuestras sociedades contemporáneas. Es fácil comprobar que todavía en ellas se fomenta, protege, enaltece y hasta se glorifica abierta o sutilmente a ciertas formas de inequívoco parasitismo social y económico. Esto constituye una clara evidencia de lo relativamente poco que el hombre ha avanzado por el escabroso y tortuoso sendero de su evolución social, aún dentro de las fronteras de esos países que tan orgullosamente pregonan su posición entre los más altos exponentes de nuestra civilización contemporánea.

La calidad del hombre resulta entonces un término de muy esquiva definición. Es un concepto muy complejo y dinámico que cambia continuamente de significado según cambian las circunstancias. De hecho, tanto el concepto en sí, como los determinantes de la calidad humana están siendo continuamente modificados y redefinidos, aún en una misma sociedad, por los requisitos cambiantes de una civilización progresiva. Sin embargo, a pesar de haber podido eludir hasta ahora todo intento de definición y medición precisas, sus dos componentes básicos pueden ser fácilmente reconocidos. Son ellos:

- 1) la educación integral, es decir, tanto técnica y espiritual, como de comportamiento, y 2) la salud, tanto física como mental. Esto sugiere la posibilidad de valerse uno entonces de indicadores confiables de estos dos componentes básicos de la calidad humana para medir en forma razonablemente adecuada y

a la vez muy práctica, el nivel colectivo de calidad alcanzado por un pueblo específico, siempre y cuando que sea posible reunir en él, mediante el uso de los procedimientos estadístico-demográficos pertinentes, los datos necesarios para ello.

Como es de suponerse, en las sociedades primitivas el desarrollo de las potencialidades de calidad innatas en los individuos, hasta el grado necesario para satisfacer las exigencias de sus metas sociales y patrones de producción, ha sido siempre un asunto puramente fortuito o casual. La falta de conocimientos les ha impedido el poder hacer algo mejor. Bajo tales circunstancias los requisitos de calidad no pueden haber sido nunca muy exigentes, limitándose seguramente a la mera posesión de fortaleza y resistencia física, quizás a veces matizadas con una buena dosis de valor, ya que las tareas a ejecutar en ellas siempre han requerido muy poco esfuerzo intelectual, si alguno.

En las sociedades más desarrolladas del mundo contemporáneo, la situación es muy diferente, y la calidad de sus miembros cada día se mide más en términos de sus logros intelectuales que de su fortaleza física y valor. Ocurre así, porque el progreso que las ha llevado hasta su actual estado de desarrollo solamente pudo haber sido generado y alimentado por los logros del intelecto de sus miembros. Como resultado de esta evolución, en estas sociedades altamente desarrolladas la realización de todas aquellas tareas de naturaleza muy simple, o que requieren considerable esfuerzo físico, está siendo rápidamente transferida a equipo mecánico inventado y construído para estos propósitos por sus miembros más instruídos, precisamente con la ayuda de su

ingeniosa y bien cultivada inteligencia. Por lo tanto, para poder seguir marchando al ritmo impuesto por el progreso ya alcanzado y evitar así su estancamiento y hasta un eventual retroceso, estas sociedades deben mantenerse afanosamente empeñadas en la adquisición de nuevos y mayores conocimientos mediante el uso juicioso de los ya adquiridos y el más intenso, extenso y efectivo desarrollo de las potencialidades intelectuales y espirituales innatas en todos sus respectivos miembros. Como el mismo grado de desarrollo ya alcanzado por ellas ha ido aumentando irremisiblemente su complejidad funcional y tecnológica, sus exigencias en cuanto a los requisitos de capacitación intelectual y espiritual de sus miembros, mediante el desarrollo apropiado de sus potencialidades individuales, se han ido multiplicando y haciéndose cada vez más severas y en consecuencia, su cumplimiento más penoso, lento y costoso. Estas crecientes exigencias ya comienzan a generar una seria preocupación que merece consideración y estudio. Consiste ésta de las probabilidades que ya existen en estas sociedades altamente desarrolladas de que como consecuencia de sus cada vez más rigurosas normas de capacitación individual para la producción, se empiece a acumular en ellas un creciente número de personas, que por razón de alguna incapacidad o limitación intelectual natural, de la que no se pueden culpar, se vean imposibilitadas de participar, no tan solo en las más difíciles y complejas tareas de producción, sino aún en las más fáciles, por haberse ido asignando éstas gradualmente a máquinas expresamente diseñadas y preferidas para estos fines. Qué hacer con estas personas, que sin culpa alguna de su parte y sin haber sido consultadas sobre ello antes de su nacimiento,

se encuentran colocadas por el destino en una sociedad que no puede utilizarlas para la producción, es algo para hacernos pensar seriamente en los nuevos problemas de justicia social y eugenésicos que todos estos revolucionarios cambios de nuestro mundo contemporáneo comienzan ya a plantear. Solo mediante el más esmerado cultivo y uso de su inteligencia y más nobles fuerzas de su espíritu, las armas más poderosas con que cuenta para poder luchar ventajosa y efectivamente contra las incertidumbres de su destino que continuamente amenazan el resultado exitoso de sus acciones, podrá el hombre eventualmente liberarse de los temores, las angustias y las ansiedades provocadas en él por todas estas interrogantes de la vida moderna.

Para ello se requerirá una gradualmente progresiva explicación racional de los mecanismos causales de los diferentes fenómenos naturales y sociales que en una u otra forma afectan su vida y para cuya elucidación habrá seguramente que orientarse agotando, entre otros, todos los recursos de la demografía. Se requerirá además el desarrollo simultáneo en el hombre de una conciencia saturada de sana preocupación por los más nobles y esenciales propósitos de la vida en general, así como por los de su existencia personal y los de las habilidades creadoras con que fuera dotado por la naturaleza sin esfuerzo alguno de su parte y a cuyo desarrollo contribuyó en una u otra forma la humanidad entera y muy particularmente la sociedad en que se crió y desarrolló. Sin el desarrollo de esta conciencia y preocupaciones, se corre el grave riesgo de una formación incompleta basada en una intensa educación parcial, exclusivamente técnica, que convertiría al hombre en una monstruosa aberración de sus más nobles y precladas potencialidades y en la más

sería amenaza para sus semejantes, en vez de en el devoto servidor de la humanidad que tan urgentemente necesita el mundo contemporáneo para su salvación y para la continuación exitosa de sus esfuerzos de superación y perfeccionamiento.

Por eso en las sociedades modernas se va haciendo imperativo retener cada vez por más tiempo a sus miembros en las instituciones de enseñanza para poder impartirle en ellas la más intensa e integral educación que les permita no solamente capacitarse para las tareas corrientes de producción, sino el desarrollo y cultivo de la más fina sensibilidad a las responsabilidades sociales que diáfananamente emanan de su especial condición humana. Todo esto implica una creciente e inevitable expansión del periodo puramente consumidor del individuo a expensas de su etapa productiva.

Ahora bien, como consecuencia del mismo progreso generado, aún por el relativamente parcial proceso educativo, que desgraciadamente ha prevalecido hasta ahora en estas sociedades, la formación del tipo de hombre que el mundo moderno necesita se ha ido haciendo gradualmente tan complejo, prolongado y costoso, que resulta ya imposible para los padres, excepto quizás los más ricos y preparados, asumir de su propia y exclusiva cuenta la responsabilidad de realizar esta labor con sus hijos. El reconocimiento de esta situación ha llevado gradualmente a todos los gobiernos progresistas del mundo contemporáneo al establecimiento de sistemas educativos socializados y compulsorios para ciertas edades. Aunque exista aún amplio margen de mejoramiento en los sistemas adoptados para cumplir esta misión a plena satisfacción, la sabiduría de esta

decisión no es cuestionada ya ni aún por los más conservadores defensores de la filosofía capitalista de libertad de empresa.

Como los determinantes complementarios de la calidad humana, la salud física y la salud mental, no son más que simples funciones dependientes del proceso educativo, es lógico que hayan ido evolucionando de similar manera a éste aunque con el retraso que cabe esperar en tales circunstancias de dependencia. Por lo tanto, la eventual socialización de todos los medios y servicios requeridos para el logro, la conservación, o la recuperación de una buena salud física y mental, resulta igualmente inevitable aunque venga en etapas, pese a los esfuerzos por impedirlo desplegados por poderosas personas y entidades cuyas motivaciones analizadas en su verdadero fondo con profundo interés humano generalmente dejan traslucir sus raíces egófstas.

De toda esta discusión surgen claramente dos objetivos básicos de todo gobierno verdaderamente humanista y progresista:

Primero: Estimular y facilitar el desarrollo de las potencialidades de calidad de su ciudadanía hasta el límite impuesto únicamente por la capacidad innata individual de cada miembro y el conjunto de los conocimientos ya acumulados y disponibles para estos fines.

Segundo: Facilitar, en la mayor medida posible, la satisfacción de las legítimas aspiraciones y necesidades*, individuales y colectivas, generadas por el proceso educativo a que sus ciudadanos hubiesen sido deliberadamente sometidos o expuestos a la persecución de las metas de calidad humana fijadas.

* - Para nuestros propósitos, al hablar de aspiraciones y necesidades legítimas, nos referimos a aquellas colectivamente compatibles entre sí, es decir, cuya satisfacción en un individuo no requiere su atropello en otros.

Las responsabilidades accesorias principales que derivan de estos dos objetivos básicos, como la provisión de un sistema escolar adecuado y de los mejores servicios médicos y paramédicos posibles para el logro, mantenimiento, o recuperación de una buena salud física y mental, que beneficien igualmente a toda la población sin distinción de rangos, raza o religión, nunca podrán ser renunciadas por un gobierno verdaderamente humanista y progresista para entregárselas a empresas, entidades o personas con fines lucrativos gremiales o individuales cuyos intereses claramente egoístas, siempre y necesariamente han estado y estarán en pugna con los más nobles propósitos e intereses de la sociedad a que pertenecen y que se supone están moralmente obligados a servir.

Como los grupos que generalmente obstaculizan estas medidas claramente socializadoras, acostumbran a racionalizar su posición egoísta amparándose en una novedosa identificación de la democracia y de la libertad con una libertad de empresa tan absoluta que solo puede beneficiar a los grupos social y económicamente poderosos, conviene recordar aquí que por muy justificadas razones, el proceso civilizador ha resultado siempre, necesaria y progresivamente, coercitivo para la libertad individual absoluta del hombre y de sus agrupaciones. Esto ha ocurrido precisamente buscando la manera de proteger mejor a las mayorías débiles de la natural y animal inclinación de los más fuertes, a abusar de ellas precisamente amparándose para ello en una demagógica interpretación de su libertad. La creación de las Naciones Unidas; el bien conocido debate del malogrado Presidente Kennedy con la United Steel Corporation, motivado por la amenaza de esta última de "injus-

tificado e irresponsable" aumento en el precio del acero; la controversia también del extinto Presidente Kennedy primero, y más recientemente del actual Presidente Johnson, con la Asociación Médica Americana en torno al proyecto para asegurar la debida protección médica a las personas mayores de 65 años en Estados Unidos; y por último la creación por la legislatura del Estado Libre Asociado de Puerto Rico de una corporación pública con el propósito, hasta ahora infructuoso, de poner coto a la creciente y mezquina especulación con las tierras del país, y que moviera al entonces gobernador de la Isla, Don Luis Muñoz Marín, a señalar lisa y llanamente a sus críticos que el interés público tiene clara y evidente prioridad sobre cualquier otro, no representan más que unos pocos de los casos más recientes y que mayor publicidad han recibido de esa clase de acción restrictiva de la libertad. Estas acciones tienen que tomarla a menudo los organismos encargados de velar por los mejores intereses de la comunidad en general para proteger a ésta contra el uso abusivo del poder de unos pocos que acostumbran a racionalizar la comisión de sus fechorías desde el sagrado púlpito de su libertad individual.

Recuérdese también que solamente en las etapas más primitivas de su evolución social es que quizás ha podido el hombre disfrutar de una verdadera libertad absoluta sin freno alguno a su comportamiento social. De hecho, tan absoluta resulta la libertad en esas sociedades que no existe en ellas impedimento alguno para que cualquier individuo pueda despojar a otro de sus más legítimos e inalienables derechos cuantas veces le venga en ganas, si cuenta para ello con la fuerza física o los recursos necesarios. Dentro de estas circunstancias es absurdo pensar que el hombre moderno pretenda recuperar una

libertad básicamente animal, aunque eufemísticamente la llamemos de otra manera, que irremediablemente no haría más que esclavizarlo al peor de los tiranos, que es el miedo.

Pero hay mucho más aún. La restricción gradual que muy inteligentemente y a través de su evolución social ha ido imponiendo el hombre a ese absolutismo primitivo de su libertad, podría ser más que compensada, si éste se propusiera a ello, por una gradual y efectiva atemperación de su egoísmo a través de una adecuada educación. De esta manera, la menguante libertad animal de sus más primitivas etapas se iría transformando a través de su proceso civilizador en una libertad más digna de su condición humana y en realidad mucho más amplia, a pesar de su apariencia restringida. Estudiada en su fondo, esta mayor amplitud derivaría de estimular en los individuos exclusivamente aquellos deseos y aspiraciones que se caracterizan por su armoniosa compatibilidad colectiva, y por su efecto rescatador del más terrible y esclavizante enemigo de la libertad individual y colectiva: el miedo. Solamente conquistando una libertad individual de este tipo, en que se vean atemperados por la educación todos los elementos, básicamente animales, que han alimentado los conflictos colectivos provocados por el uso abusivo de su primitiva libertad absoluta, podrá el hombre desarrollar sociedades verdaderamente democráticas, completamente libres del temor a las ambiciones egoístas o a los prejuicios que pudieran albergar en ellas algunos que otros de sus ciudadanos. Así nada más podrá disfrutar el hombre a plenitud de las bienandanzas de una verdadera justicia, sencillamente porque la libertad cuando despojándose de

su aspecto animal logre de esta manera humanizarse sencillamente se transforma en justicia. Por eso, la injusticia colectiva como tal se ha nutrido siempre del absolutismo de la libertad individual.

Todo esto sugiere entonces que si el hombre, aún movido por el estímulo de sus más utilitarias motivaciones, y ayudándose de las ciencias sociales y en particular de la demografía, analizara inteligentemente todas las implicaciones de sus relaciones funcionales con sus semejantes y con los recursos a su disposición, tanto naturales como de su propia creación, se sentiría obligado a adoptar la política que mejor facilitara el establecimiento de las más propicias condiciones de relación, entre las variables pertinentes, para el más pleno desarrollo de todas las valiosas potencialidades de calidad latentes en todos y cada uno de los miembros de la sociedad de la cual forma parte. Sorpresivamente, esto conduce al descubrimiento de que el egoísmo innato del hombre, verdaderamente iluminado por su inteligencia y espíritu, indefectiblemente le obliga a la adopción de una conducta altruísta para con sus semejantes. Y es que esta capacidad para producir tan radical y paradójica transformación en la forma de manifestarse uno de los más arraigados instintos animales, mediante el desarrollo y uso legítimo de las potencialidades humanas, tanto intelectuales como espirituales, constituye precisamente el más valioso atributo del hombre, el que más claramente establece su superioridad sobre todas las demás criaturas vivientes, y el que habrá de proporcionarle eventualmente la más efectiva ayuda, si no la única con que pudiera contar para asegurar su supervivencia frente a los nuevos y grandes riesgos desatados por el aprovechamiento tan parcial que desafortunadamente ha hecho hasta ahora de su intelecto.

Ahora bien, por obvias razones que no nos detendremos a discutir, esta libertad más hermosa que el hombre tan solo empieza a conquistar como consecuencia del desarrollo de sus más humanas facultades, necesita, para poder alcanzar su máxima amplitud e intensidad en una determinada sociedad, de la existencia de las más propicias condiciones de sana relación entre población y recursos disponibles. Solamente así podrá satisfacer las exigencias del logro y mantenimiento de los más altos niveles colectivos de calidad humana que sean posibles en la actualidad. Cualquier desbalance introducido en esta relación, bien por restricción de los recursos disponibles, o por el estímulo de desaforados hábitos de consumo, restrictivos de esa humana libertad por su incompatibilidad colectiva, o por el aumento exagerado de su población, o por cualquier combinación de estos factores, tendría inmediatamente repercusiones paralelamente adversas y daría al traste con las posibilidades de alcanzar y disfrutar a plenitud tan bello objetivo. De hecho ello conduciría inevitablemente a la proliferación de serias y peligrosas aberraciones en la conducta de su ciudadanía, tanto individual como colectiva, mirada ésta, desde luego, a la luz de las más excelsas potencialidades de la condición humana.

Surge entonces en toda sociedad la imposibilidad, por su evidente incompatibilidad, de mantener indefinida y simultáneamente un crecimiento desenfrenado de población y un mejoramiento continuo y efectivo de la calidad y bienestar de sus miembros. Su continuo crecimiento desenfrenado nunca permitiría a una población, por mucho tiempo, un también continuo mejoramiento socio-económico, como simple resultado del efecto restrictivo impues-

to por una inevitable y creciente escasez de recursos básicos no renovables. Por otro lado, todo mejoramiento efectivo en su calidad conduce a las poblaciones humanas eventualmente y por razón de su propia naturaleza, a una efectiva atemperación de su ritmo de crecimiento, resultante de los cambios producidos en su conducta reproductiva al impregnarse ésta de la seria responsabilidad que irremisiblemente nace del ejercicio inteligente y sensato de su más noble facultad creadora.

Puede decirse entonces que es signo de buen gobierno, mantener una sana preocupación por el crecimiento desenfrenado de su ciudadanía, y desarrollar afanosamente una adecuada labor orientadora con el propósito de atemperarlo sabia y humanamente mediante la exaltación de las más nobles cualidades humanas de su gente y la facilitación de los medios necesarios para que esas cualidades puedan llegar a traducirse sin obstáculo alguno en los patrones de comportamiento reproductivo más prudentes y deseables. Cumpliendo con este deber ineludible, todo buen gobierno viene moralmente obligado a rescatar el acto reproductivo humano del primitivo plano de absoluta irresponsabilidad y amoralidad animal en que todavía, unas veces actuando de buena fe en su ignorancia y otras por turbias razones, algunas personas pretenden mantenerlo.

Pero también significa esto que en las sociedades desarrolladas y progresistas, no existe alternativa alguna al más pleno reconocimiento de la posición de variable dependiente que el tamaño de sus respectivas poblaciones deberá siempre ocupar en su relación funcional con la calidad de sus miembros y con los recursos disponibles para su desarrollo y sostenimiento.

Por lo tanto, una sociedad que se precie de civilizada y progresista no debe, y más aún, no puede permitir que el tamaño de su población se convierta en una variable independiente en tan importante relación funcional, haciendo correr desbocados detrás de ella a la calidad y a los recursos, tratando infructuosamente de darle alcance como ha sido hasta ahora el caso de Puerto Rico.

De no actuar humana e inteligentemente con respecto a las implicaciones de la relación funcional entre población y recursos, que se acaban de discutir, fácilmente se desprende que la comunidad que escoja, a) estimular apetitos voraces de consumo en su confusión de una afluencia patológica con bienestar o salud, o b) el crecimiento poblacional desenfrenado en la equivocada presunción de que toda población es siempre riqueza, y que lo que hay que hacer es simplemente producir más y más, tarde o temprano tendrá que enfrentarse al dilema de escoger entre dos serios, por no decir funestos males. O un deterioro inevitable de la calidad humana y de los niveles de vida de su ciudadanía, o la adopción de una franca o velada política imperialista para despojar a otros pueblos de sus legítimos recursos y derechos, mediante la opresión política, militar, o económica, con el propósito de así incrementar los suyos a costas de lo de otros para poder satisfacer las exigencias de su descontrolado crecimiento poblacional o de apetitos claramente incompatibles con todo propósito de una sana y armoniosa convivencia internacional.

Por eso también sólo una absoluta indiferencia hacia sus respectivos asuntos poblacionales explica la paradójica situación de muchos pueblos de nuestro mundo contemporáneo, con una baja densidad poblacional, política-

mente independientes, y con una gran cantidad y variedad de recursos naturales, que viven desde hace tiempo agobiados por síntomas inequívocos de grave sobrepoblación, como lo son el desempleo, el sub-empleo, la illiteracia, el rápido crecimiento vegetativo de sus habitantes, las altas tasas de mortalidad en las edades jóvenes, las altas tasas de fecundidad y los bajos niveles de vida en general, o la gran miseria de toda su gente, salvo una escasa y privilegiada minoría. Para racionalizar estas situaciones realmente inexcusables, estos países suelen achacar su infortunio a una supuesta escasez de gente y a las indeseables e injustificadas interferencias en sus asuntos internos por parte de ciertas potencias extranjeras. Pero al incurrir en estas racionalizaciones parecen ignorar el hecho fácilmente comprobable de que hay en el mundo ejemplos de países, de aún más baja densidad poblacional que la de ellos que han sabido aprovechar mejor y más humanamente sus recursos naturales y su independencia política para alcanzar dentro de economías de relativa autosuficiencia nacional y libres de desafortunadas ambiciones imperialistas, algunos de los niveles de vida más altos que el mundo contemporáneo haya conocido.

No se pretende negar con esto, el serio obstáculo a su desarrollo socio-económico y bienestar que los intereses egoístas de poderosas naciones han representado siempre para más de un pueblo pequeño, o económica y militarmente débil, en algún momento de su evolución histórica. Es bien conocido el hecho de que a través de toda la historia de la humanidad y hasta nuestros propios días, las naciones más poderosas, no importa a qué lado de qué "cortina", si la de "hierro", la de "bambú", o la "de dólares" estén situadas,

se han mantenido siempre muy activas tratando de explotar a las más débiles mediante el ejercicio abusivo en el plano internacional de una libertad nacional absoluta, para frenar la cual no existe aún un gobierno mundial autorizado y poderoso, similar a los nacionalmente instituidos para frenar el ejercicio abusivo de la libertad individual. Pero la historia también ha demostrado que cuando estos países pequeños, o económica y militarmente débiles, han sabido cumplir debidamente con sus responsabilidades internas de desarrollar y alimentar adecuadamente los elementos de calidad de sus respectivas poblaciones, sus oportunidades de vencer los riesgos de estas intervenciones políticas, económicas, o militares han mejorado considerablemente.

Ahora bien, mientras esas sociedades se aferren a considerar el tamaño de su población como una variable independiente en la relación funcional tan repetidamente discutida, y se nieguen a reconocer que población no es necesariamente siempre sinónimo de riqueza, no habrá otra alternativa para ellos que un eventual deterioro de los elementos de calidad y de los niveles de vida de su gente, con todas sus indeseables y peligrosas consecuencias y con rápidamente decrecientes probabilidades de reparación pacífica. En otras palabras: no conduce a nada bueno el permitir el desarrollo desenfrenado y rápido de un proceso con potencialidades de multiplicación infinita cuyo escenario es por fuerza un espacio finito. La lección es sumamente clara para todo el que quiera ver la realidad que en su más pura desnudez nos refleja el maravilloso espejo de la demografía. Coloquémonos frente al espejo de nuestras respectivas demografías nacionales, para que nuestras conciencias

vean en él los reflejos de nuestra conducta ciudadana. Luego, a trabajar, porque vamos a descubrir que es mucho lo que hay que hacer y el tiempo apremia peligrosamente como consecuencia de haberlo malgastado irresponsablemente en el pasado.

José L. Janer

NO SE PRESTA PARA SER LEÍDA